

entre los puntos que ha de examinar la Comisión II, bajo el numeral 3.4. las "cuestiones

hecho del mar hay una riqueza enorme, representada por nódulos de manganeso, cobre y otros metales. La Tercera Conferencia del Mar gira, en

mental. Esto deberá ser tratado en la II Comisión, prevista en el Acta de Puerto Montt.

## REFLEXIONES

### El abuelo de ahora

■ En mi niñez, existía un programa radial del que era asiduo auditor: "La hora del Abuelito Luis". La voz ligeramente cascada de quien interpretaba al anciano, su tono pausado, la serenidad de su locución, creaba en las mentes infantiles la imagen perfecta del abuelo. A ningún niño nos sorprendió cuando una revista mostró la fotografía del Abuelito Luis, con su pelo y barba totalmente blancos, sus anteojos y una bondadosa expresión en su rostro. Con polvos, peluca y maquillaje se había logrado crear al perfecto abuelo y los niños que lo seguíamos, con la misma admiración que hoy los adolescentes siguen a los "Bee Gees", al contemplar la fotografía, pudimos seguir cantando confiados lo que era el himno del programa:

"Abuelito Luis,  
yo quisiera ser  
siempre pequeño y bueno  
ser tu regalón..."

Hoy, los programas infantiles que propala la televisión no tienen Abuelito Luis, Pedro, José o Belisario. Los tíos y las tías han reemplazado a los abuelos y, si así sucede, es porque el modelo en la vida real ha desaparecido.

¿Dónde están esos caballeros de largas barbas, de nivea cabellera, de caminar vacilante, en que toda su actitud expresaba serenidad y comprensión? ¿Dónde las señoras sentadas en sus mecedoras, con el eterno tejido entre sus manos y la sonrisa complaciente, dispuestas siempre al perdón?

El estereotipo del abuelo y la abuela ha desaparecido, y yo diría, como dicen los oradores de los banquetes de despedidas, que han dejado "un vacío muy difícil de llenar".

Me encuentro en la calle con una amiga. Hace tiempo que no la veía. Está a la moda, calza botas, se ciñe un vestido rojo vivo que hace resaltar su maquillaje bien cuidado. Está bien, pero muy bien. Pienso que los años no han pasado para ella y, sin saber si soy galante o indiscreto, se lo digo.

—¡Pero si soy abuela! —replica ella riéndose coquetamente.

Y mientras le convido un trago y la propeo y me hago algunas ilusiones pecaminosas que, obviamente, no puedo develar, me obsesiona el pensamiento de

ese nieto de ella. ¿Cuál será la imagen que tiene de la abuela? Como se producirá, en su caso, esa necesaria relación cómplice de nieto-abuela, de esos dos seres tradicionalmente marginados de la vida activa, uno por muy joven, otro por muy viejo?

¿Dónde encontrará el niño ese remanso de fantasía, de serenidad, desprovisto de una abuela tradicional?

Y la misma pregunta me la hago una y otra vez, cuando en medio de la agitación de las calles céntricas voy encontrando a antiguos amigos, agitados, febriles, corriendo al banco, dirigiendo empresas, ocupando sus días libres en jugar golf o haciendo equitación y que, de paso, recordando a la familia nos dicen no ya que son abuelos, sino simplemente que su hija o hijo tiene una numerosa prole.

Nadie, al parecer, quiere asumir el rol tradicional del abuelo. En la comedia de la vida, no hay actor que quiera representar el papel y, como alguien tiene que hacerlo, aparecen en el escenario unos galancetes de beatles y corte de pelo moderno para hacer el abuelo y unas jovencitas escotadas y pizpiretas, que están de pelliczularlas, para interpretar el papel de abuelas.

Dan ganar de pifiarlas.

Y como me inquieta la existencia de una generación que se criará sin la presencia benefactora de los abuelos, sin su refugio, ni sus cuentos, sin la paz que irradiaban, sin un Abuelito Luis por quien sentir nostalgia, quise averiguar en el terreno mismo lo que sucedía y le pregunté a un nieto de hoy:

—Dime... ¿Cuando quieres escuchar un cuento lindo, quién te lo cuenta? ¿Cuando tienes penita, a dónde acudes? ¿Quién es tu compañero de juegos cuando estás en casa y no están tus amiguitos? ¿Cuando tus padres te retan, quién te acoge?

El niño nieto me miró un poco extraño, pensando que este señor que así le preguntaba o era muy imbécil o muy despistado, pero, como es muy bien educado, condescendió a responderme. Me llevó hasta su pieza y me dijo:

—Esto.

Y su dedo indicaba hacia el televisor.

PARTIQUINO.